

Una cartografía para el siglo XXI

Graziella Pogolotti

Profesora. Universidad de La Habana.

Allá por los 90, una exposición de artes plásticas desplegaba una secuencia de mapas imaginarios de la Isla. Sobredimensionada, perdido su perfil de alargado caimán, parecía extenderse, más allá de la mar oceánica, por encima de las fronteras habituales impuestas por la geografía. La visión aludía a la hiperbolización del papel histórico asumido por el país desde que José Martí definiera su importancia como parapeto ante la expansión del imperio naciente. Y, sin embargo, desde mucho antes, «llave del nuevo mundo y antemural de las Indias Occidentales», desde el paso de las flotas, el destino la había situado en un cruce de caminos, inmerso en el diálogo entre el acá y el allá, obsesión recurrente en la obra de Alejo Carpentier. Por ello, pensar en Cuba implicaba pensar en el resto del mundo y apropiarse de él, a la manera de José Antonio Saco —obligado a emprender una colosal historia de la esclavitud para dar respuesta a tan complejo problema nacional— o al modo del singular autoritarismo de Lezama, dueño, como el pintor Mariano, de los cuatro grandes ríos del universo. Por eso también, entre nosotros, los ensayos sobre la cultura franquean las fronteras nacionales y atraviesan una reflexión acerca de la sociedad.

Sobre ese trasfondo implícito se proyecta buena parte de la prosa reflexiva producida en Cuba desde los inicios del siglo XIX. El acercamiento a los grandes temas culturales del país se inscribe en coordenadas internacionales y, con mucha frecuencia, asume desde aquí asuntos relacionados con otras zonas y, en particular, con América Latina. La continuidad de ese proceso en el siglo recién terminado se hace visible en la antología del ensayo cubano en el siglo XX, preparada por Rafael Hernández y Rafael Rojas para la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica.¹

No resultaba fácil resumir en un solo volumen, por extenso que fuera, a los imprescindibles de un género que, por su continuidad, ha acompañado a la poesía en la historia de nuestra producción literaria. Era indispensable establecer deslindes conceptuales, aunque ello condujera a sacrificios dolorosos, siempre inevitables, aunque más graves cuando obedecen a la falta de criterio.

El primer escollo se encontraba en la definición de un género, escurridizo por naturaleza desde que Montaigne centrara en los tanteos del yo sus espléndidas digresiones cargadas de un dialogismo introspectivo. Con el andar del tiempo, adoptó envolturas insospechadas, como en la fabulación de las *Cartas persas*

de Montesquieu; emergió en ciertas polémicas, o sumergió la subjetividad latente en un discurso de apariencia más racional. Su imaginario se inscribe en el pensar y sus fronteras, se encuentra en la crítica apegada al tratamiento de cuestiones muy puntuales y en los trabajos de inspiración científica o académica. Dentro de ese ancho espectro se mueven el ensayo cubano y el latinoamericano. Como sucedió desde Montaigne, apresado entre violentas confrontaciones dogmáticas, el sujeto que habla está inmerso en circunstancias.

Del amplio *corpus* ensayístico, los autores seleccionaron aquellos que, trascendiendo un objeto particular de estudio en el campo de las artes o de las letras, tuvieran un alcance cultural. Había que definir también los linderos cronológicos, debido a la no correspondencia exacta entre los calendarios y los procesos históricos más profundos. Hay siglos largos y siglos cortos. Para la antología, sus autores adoptaron una perspectiva amplia, teniendo en cuenta la vigencia de un debate que involucra el destino de la Isla con América Latina, la patria grande. El volumen abre con «Nuestra América», de José Martí, para cerrar con trabajos de reciente publicación, aún no recogidos en libros. La presencia del célebre texto martiano constituye una formulación implícita del punto de vista asumido en la difícil tarea de selección. No estamos ante un discurso estrictamente político, ni ante un estudio elaborado con el instrumental de las ciencias sociales. Con los indiscutibles valores literarios característicos de cuanto pasaba por la mano del autor de *Versos sencillos*, en esta prosa reflexiva subyace un saber articulado al pensamiento y a la realidad de una época, iluminado por una visión de futuridad todavía vigente. Crecida en medio de la sociedad, nutrida de sus disímiles componentes, donde intervienen creación artística y popular, creencias, modos de convivencia, avatares de la historia y mentalidades en evolución, la cultura contribuye a concretar imágenes del presente, apresar lo intangible, promover el debate crítico, diseñar sueños y, por qué no, utopías.

He recorrido las páginas de este libro como quien lee un relato, donde la sucesión cronológica flexible revela continuidades, recurrencias temáticas de tono y alcance diverso, y resonancias reveladoras de sorpresas. Con la apertura en «Nuestra América», el conflicto entre nación e imperialismo parece cerrar un círculo con el estudio de Ramón de Armas, investigador lamentablemente desaparecido cuando su temprana madurez prometía una vasta y significativa obra. Y, sin embargo, los días que corren, las amenazas planetarias del imperio les otorgan a ambos textos una indiscutible vigencia.

Desde las distancias establecidas por su perspectiva positivista, en el amanecer de la sociología, Enrique José Varona vuelve con el tema del imperio, aunque sin descifrar todavía los rasgos específicos del que estaba naciendo, precisamente a partir de la guerra de Cuba. Inaugura así una línea de pensamiento típica de los primeros años republicanos, impregnada por la amargura, por la frustrante experiencia de la crisis de un

proyecto utópico forjado en las luchas por la independencia y en la prédica martiana. El forcejeo entre utopía subyacente y quiebra de los valores proclamados animará buena parte del siglo, más allá de las diferencias políticas entre izquierda y derecha. Transcurridos algo más de cincuenta años de la proclamación de la República, Jorge Mañach, un hombre desgarrado por tantas razones, reivindicará el espíritu de Martí cuando la dictadura de Batista precipita la degradación republicana.

Al instante de la amargura, representado también por Manuel Márquez Sterling y José Antonio Ramos, tan olvidados hoy, habrá de sucederle la reconstrucción crítica, donde los problemas de cultura y nación se entrelazan. Con un vigor de escaso antecedente en el siglo XIX, se manifiestan los temas de la raza y de la mujer. Fernando Ortiz reveló con su inmensa obra de investigador los valores de una cultura de origen africano y popular, fuerza creativa viviente en el imaginario de la nación. De esa manera, contribuyó a hacer visible lo oculto y a socavar prejuicios heredados, aún vigentes. Aquí aborda el asunto desde un punto de vista conceptual y engarza un discurso que prosigue con el texto de Gustavo Urrutia —de evidente trasfondo testimonial— y con el de Victor Fowler, válido de un instrumental de análisis contemporáneo.

En el plano político, el feminismo se manifestó entre nosotros desde fecha temprana. La coordinación de voluntades para reclamar derechos conculcados —el sufragio, los hijos naturales, el acceso al trabajo y a una remuneración justa— se tradujo en organización de movimientos, en actos públicos. La dictadura de Machado fragmentó el movimiento, a la vez que impulsaba a las mujeres a involucrarse activamente en una lucha de más vasto alcance y a postergar, en cierto modo, sus propias demandas. El debate conceptual no estuvo a la altura de una praxis, sin dudas, muy intensa. Camila Henríquez Ureña inaugura la reflexión teórica acerca del tema. Dominicana de origen, su presencia en este volumen reconoce sus vínculos profundos con la cultura cubana, forjados desde sus años juveniles, ininterrumpidos en su etapa de profesora en el Vassar College, y defensorios cuando contribuyó a formar a generaciones de intelectuales a través de su cátedra en la Universidad de La Habana. Más tarde, aunque con cierta tardanza, cobrarán fuerza los estudios realizados desde la perspectiva de género. Los trabajos de Luisa Campuzano y Nara Araujo en esta dirección resultan contribuciones imprescindibles.

«La maldita circunstancia del agua por todas partes» no reduce la mirada de los intelectuales de la Isla —promontorio situado entre mundos diferentes— a sus estrechos confines. Si por mucho tiempo Europa constituyó referencia ineludible, América ha sido tema de consideraciones sustanciales en razón de una acendrada necesidad de pertenencia. Es nuestra América el ámbito mayor de la patria. «Nosotros, los americanos», decía el poeta José María Heredia en alguno de sus discursos mexicanos.

Autor de un estudio, no superado, sobre las ideas en Cuba, Medardo Vitier retoma la definición conceptual del ensayo para abordar su decursar histórico en el continente. En Roberto Fernández Retamar, esta búsqueda integradora se manifiesta desde sus iniciales aproximaciones a la poesía, alcanza madurez definitoria con «Martí en (su) Tercer Mundo», y pasa por su visión del vínculo entre modernismo y noventaiocho, tanto como con sus propuestas a favor de una teoría literaria latinoamericana. El intento por integrar una noción totalizadora del Caribe, en Antonio Benítez Rojo, tiene sus antecedentes en historiadores, así como en escritores de la talla de Nicolás Guillén y Alejo Carpentier. Desborda en ellos la zona del pensamiento para inscribirse en la poesía y la ficción.

El nombre de Alejo Carpentier explica la doble dimensión del acercamiento ensayístico a la América Latina. Es reconstrucción de América a través de numerosos intentos de síntesis, sustentada en un subyacente ordenamiento de hechos, donde la imaginación creadora ilumina de manera particular un ejercicio intelectual. Pero también existe, por otra parte, la aventura visionaria, la adivinación de claves para una poética de la invención americana, con significativas resonancias en importantes territorios de la producción literaria subsiguiente. Por su propia naturaleza, estos últimos son textos infrecuentes, verdaderos puntos de giro en la toma de conciencia de un proceso cultural. Así ocurre con la noción del barroco americano según Lezama y con la definición de lo real maravilloso por Alejo Carpentier.

Con Lezama y Carpentier, el ensayo se abre hacia la formulación de una poética. Siempre imprecisos sus bordes, donde pensamiento y creación se interceptan y confunden, aquí la función instrumental se subordina al más puro ejercicio de la creación literaria, a su particular modo de adentrarse en la aventura del conocimiento. Es el ámbito de una poesía crecida en ese proyecto de trascendencia, que se expresa también en el terreno de la prosa con los textos de Fina García Marruz y Cintio Vitier, acompañados por el estudio de Jorge Luis Arcos sobre *La Cuba secreta* de María Zambrano, discípula de Ortega y Gasset, vinculada de modo entrañable a los originistas cubanos.

No podía faltar, en un compendio que privilegia los puentes entre cultura y sociedad, una reflexión acerca del papel del intelectual en un contexto determinado. Nació con la modernidad, cuando Voltaire aspiraba a ser consejero de príncipes y libraba batallas contra la intolerancia, inscrito en el proceso de desarrollo de las ciencias del hombre, el intelectual trasciende su esfera de saber específica, para intervenir en el debate social de su tiempo. Se plantea, a la vez, las funciones del arte y la literatura. Responsable y comprometido, su postura implica frecuentes desgarramientos. De ahí ese «heroísmo intelectual» a que alude José Antonio Portuondo. Mirta Aguirre utiliza la figura de Sor Juana Inés de la Cruz para mostrar la dramática escisión entre

vocación y creencia en su confrontación con el poder, conflicto que desemboca en el silencio. Juan Marinello no oculta su afinidad con Brull y Ballagas antes de reconocerles primacía, por su alcance social, a las obras de Regino Pedroso y de Guillén. En fecha más cercana, Gustavo Pérez-Firmat reconoce el particular espacio de conflicto de los escritores atrapados entre dos lenguas y entre dos culturas. Y el tema del intelectual reaparece en un texto de reciente publicación, donde Desiderio Navarro repasa distintos aspectos de la cultura cubana en la Revolución, para subrayar sus insuficiencias en el desempeño del papel que le corresponde.

En toda antología, el lector perspicaz descubre un subtexto, vale decir, un ensayo implícito, no expreso en palabras. En este caso, se privilegió el vínculo entre cultura y sociedad, de bordes a veces imprecisos. Tuvo que limitarse a un volumen, marco excesivamente estrecho, teniendo en cuenta la riqueza del género y la necesaria extensión de la mayor parte de los textos. El Prólogo enumera una larga lista de ausentes. Incitante en sí misma, la muestra que ahora circula evidencia que ha llegado la hora de reconstituir el cuerpo vivo de una tradición. Esta operación de rescate habrá de configurarse en acercamientos sucesivos con el empleo de múltiples puntos de vista, atentos a zonas específicas del trabajo intelectual, desde la historiografía hasta los estudios monográficos puntuales sobre arte y literatura, sin olvidar textos concebidos para el debate político. Las páginas muertas, dormidas en archivos y bibliotecas revelarán su vitalidad potencial al establecer una nueva relación dialógica entre el día de hoy y el ayer. La memoria no es un objeto arqueológico museable. Sumergida, se hace visible a partir de las demandas de la actualidad. Se abre entonces hacia nuevas perspectivas, hacia otras polémicas. En el siglo xx, los intelectuales supieron sobreponerse a las frustraciones. Fieles a su tarea, desde las aulas y el periodismo, desde libros y revistas de escasa circulación, desde la acción política y el trabajo cotidiano en organizaciones de diversa índole, entretejieron proyectos críticos y renovadores. Afincados en su territorio, su mirada trascendió los límites de la Isla en las complejas coyunturas de un siglo xxi cargado de peligros, cuando el espacio de la reflexión se vuelve indispensable. Es el momento de separar el grano de la paja, lo que implica, entre otras cosas, refundar una tradición. La presente antología habrá de desatar polémicas. Bienvenidas sean, siempre y cuando inciten a otras operaciones de rescate.

Notas

1. Rafael Hernández y Rafael Rojas, comps., *Ensayo cubano del siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 2002.

© **TRILAS**, 2002.